

Ediciones
REVÓLVER



MARCELO COHEN
LA OBSERVACIÓN

Una película del Delta Panorámico

LA OBSERVACIÓN

UNA PELÍCULA DEL DELTA PANORAMICO

MARCELO COHEN



Marcelo Cohen

La observación - Una película del Delta Panorámico
(2015)

3 Narrativa

Diseño de portada: Clémence Kertudo

Ilustración de portada: Takast

(<http://facebook.com/everydayidrawbarcelona>)

Diseño de interior: Editorial Revólver

Asesor editorial: Pablo Ferraioli

Booktrailer: Ariel Fernández Verba

Contacto: edicionesrevolver@gmail.com

www.edicionesrevolver.com



La observación de Marcelo Cohen
está bajo licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional License.

UN TRÁILER PANORÁMICO

La observación forma parte de un libro en proceso de Marcelo Cohen, en el que un fan del cine, el escritor MC, del Delta Panorámico, cuenta algunas de sus películas favoritas.

El protagonista de esta película es Olán Ravipolu, un comerciante de setenta y siete años, quien una tarde, de forma abrupta, toma conciencia de que sus energías se están acabando. Lo bueno y lo malo de su situación es que no está solo. ¿Qué será entonces de Durma, su mujer, cuando él ya no esté? Intentando responder a esta pregunta, Olán indagará en los silencios de su matrimonio, y en esos segmentos de vida que transcurren cuando él no está presente de manera declarada.

Al igual que la mayor parte de la obra narrativa de Marcelo Cohen desde *Los acuáticos* (2001), los sucesos que aquí se relatan tienen lugar en el Delta Panorámico, un territorio imaginario formado por un conjunto de islas, agrupadas en una suerte de Unión Panorámica. Cada una de estas islas tiene su religión, su cultura y un vocabulario propio. Como se trata de

un futuro muy lejano, en el que ya ha pasado todo de nuevo, el resultado, en palabras del propio Cohen, “es que se parece a nuestro mundo dentro de diez minutos. Porque yo escribo sobre posibilidades fantásticas, sobre lo por venir, o sobre lo que veo agigantado dentro de un tiempo en los síntomas del nuestro”.

LA OBSERVACIÓN

UNA PELÍCULA DEL DELTA PANORAMICO

Nantú, el empleado de confianza, está ordenando los exhibidores cuando ve que al señor Ravipolu se le hunde la cabeza entre los hombros, como si de golpe el torso hubiera sorbido un suspiro que desde hace años querría descargar. Los otros dos empleados ya se fueron, en la calle cae el sol entre faroles encendidos y ningún transeúnte ajetreado se para ya ante la vidriera del fiable negocio de suplementos visuales. No es que el señor Ravipolu se tambalee pero, como se ha encogido una pulgada o más, Nantú se acerca a sostenerlo y una vez que el jefe se estabiliza le ofrece ocuparse él de cerrar el local. El señor Ravipolu acepta, se pone el gabán y va hacia la puerta; no le es fácil girarse para un último saludo. Sin arrastrar los pies pero despacio, como si cargara un aparato grande y frágil, camina un trecho por la avenida, se demora junto a una flaymoto que acaba de posarse, como si pudiera traerle indicaciones del cielo, y en la primera esquina, con un denuedo acongojado, opta por doblar a la izquierda. A cien varas de allí hay un parque, y entre

los árboles artificiales y los pájaros naturales se alza una cabina de asistencia terapéutica. El doctor Kuru, cuyo nombre se lee en el dintel, termina de despachar a una mujer que ha llevado a sus nerviosos mellizos, besa a los niños, mira al hombre que está esperando y abre acogedoramente las manos. Olán Ravipolu se sienta bajo el palio de diafanex y, despojándose de toda la aflicción posible mientras se desabotona la levita, se presenta y respeta el umbral de silencio que el terapeuta impone antes de pedirle que hable. Entonces el señor Ravipolu dice: Esta tarde me di cuenta de que estoy empezando a morirme. Los ojos atentos del terapeuta bizquean un poco de miopía. En respuesta a las templadas preguntas, el señor Ravipolu explica que no tiene desajustes crónicos graves ni dolores más insoportables que los de cualquier hombre de setenta y siete años pero que cada atardecer se le está yendo un poco de energía, para siempre, y que hace un rato, esta misma tarde, el cuerpo produjo de golpe una cantidad tal que evidentemente no podía administrarla y en un santiamén la ha derrochado. Ese buen paquete de energía no volverá más. Olán Ravipolu se está agotando, y él sabe que esto puede durar más o menos pero no va a parar, ni mucho menos revertirse. El doctor Kuru no interpreta cuánto deseo de vida podría quedarle al paciente que a lo mejor está menospreciando o se oculta, adrede o sin saberlo; pero le propone que considere si tal vez un

miedo muy lógico en un viejo no lo está llevando a exagerar... Y además, ¿se ha preparado el señor Ravipolu aunque sea un poco para aceptar las penurias que acarrearán implacablemente los años? Doctor, hace tanto, tanto que no consulto a un terapeuta... Claro, desde luego, es que hoy en día sólo se tratan el alma los pobres. En la mirada del doctor Kuru hay una firme compasión que desborda la esfera facultativa. Los ojos le tiemblan apenas; son graciosos. El señor Ravipolu se atreve a decirle que, si el doctor quisiera pasar por su negocio de suplementos visuales, él le obsequiaría un par de optorrefractores minúsculos de lo más prácticos. El terapeuta asiente, pero le ordena: Olán, no se escabulla. Doctor, no es que yo diga que quiero morir pero en realidad no quiero; es que me estoy muriendo. Silencio provocador del médico. Doctor, no tengo miedo. ¿Y qué tiene? Mis mejores amigos ya se murieron o están medio idiotas, a mi entender. ¿Pero qué tiene? Me angustia la soledad de mi mujer. ¿La soledad de ella, o que usted vaya a dejarla sola? Justamente porque esta pregunta deja al señor Ravipolu mudo, la consulta termina, por esta tarde, con la propuesta de que lo piense para la próxima. Ravipolu paga.

No cavilará mucho en la distinción que le señaló Kuru; no anda muy sobrado de vigor mental. Está inapetente, media copa de vino le sacia la sed y, aun-

que nunca será un viejo cadavérico, en cada una de las cenas que siguen con la mujer, según pasan las semanas o los meses, se lo ve algo más enclenque, y tan propenso a encorvarse que le cuesta una barbaridad mantener la apostura que él mismo se exige, no tanto por orgullo social como por un pudor coqueto frente a su esposa. Lo único que no se altera es el amor por ella, que (como todo amor matrimonial que empezó con pasión, tuvo sus episodios de desquicio, sus tormentas de odio avieso y su riesgo de petrificación por la desgana, pero, cosa no tan insólita si uno se fija en cómo es la gente, mantuvo una vida, arraigada en la conversación incesante o la compañía silenciosa, en las afinidades y los disgustos compartidos y en el tacto y el calor del abrazo, un amor matrimonial que por su pura tenacidad es siempre una maravilla de ser vista, *como un caballo lustroso pastando contra un crepúsculo*, le dice Ravipolu al doctor Kuru, y conmovida ella misma de durar tanto) conmueve el pensamiento.

En el tráfgo de la avenida Generaciones, yendo hacia su negocio como un tractor obsoleto, Ravipolu despierta a quien lo mire un poco el antiguo asombro de que una parte de la vida se extinga no sin sufrimiento en medio de otra parte que florece, despreocupada y ardiente. En el departamento, esas semanas, Olán y Durma divergen con diligencia, cada uno rumbo a

sus tareítas y aficiones, para reencontrarse en el sillón del pantallátor o la cocina o el dormitorio un poco ciegos, como dos topos que llegan a una cita después de haber cavado túneles en el tiempo. Salta a la vista que el amor de este matrimonio rara vez necesitó de indagaciones sobre la interioridad, como si les hubiese bastado poblar juntos el espacio interior. Ahora, en esta cena, el señor Ravipolu ha dejado su rosbif por la mitad. Olán, Olán, estás muy flaco; tendrías que comer mejor, dice Durma, y le acaricia la nuca con una inquietud apenas burlona. Otras noches lo ve llegar con una bolsa de chocolatis *Semiramis*, o mandarse a bodega un botello más de Groselleta, o sacar sigilosamente de la despensa un nuevo paquete de peladillas La igualada, como si tanto como las golosinas se desesperase por devorar las marcas. Te va a hacer mal, le dice, sin dureza y sin maternalismo. No hay pruebas de que él le cuente lo que está pasando, ni con todas las letras ni con algunas. Tampoco de que ella no lo sepa o no lo intuya. Sólo es visible, porque él lo ve, que últimamente Durma se priva de todo bocado de lujo, como si con su sobriedad neutralizara, no los excesos de él, sino eso que lo lleva a excesos que antes se permitía rara vez. Una mañana Olán, pijama y pecho desinflado, se mira en el espejo del toileto como si estuviera pensando en dejarse la barba; pero en eso asoma por el marco la cara de Durma, adormilada, airosa, y él se apura a untarse las

mejillas; la espuma blanca recalca lo macilento que está, cómo se le han desleído los ojos. Ella le revuelve las canas; con un gesto de escepticismo se pasa alisador por las arrugas, los dedos por los bordes de los ojos negros; se perfuma los ajados pliegues del cuello todavía esbelto; sonrío, mirando cómo él se afeita, sin énfasis de dulzura ni signos ofensivos de pena, y cuando se retira del espejo la mirada de él la sigue con prudencia, lastrada de varios dolores y la duda de cómo va a arreglárselas sola.

Seguidamente, en una cafetería, Olán conversa con un hombre. Es el hermano menor de ella, Amusal; sabe que Olán se está muriendo. Toca el antebrazo del viejo con una mano afectuosa, aguanta la mirada acuciante y a media voz cuenta que, bueno, más de una vez, dos veces, Durma confesó que si él se moría primero ella no iba a durar mucho, a eso podían ponerle la firma, porque se iba a matar. ¿Cómo? De alguna manera, o dejándose morir, no sé; pero una cosa sí sé que dijo: total para qué. Olán murmura que no puede estar seguro de que Durma dijese eso en serio. Pero tampoco está convencido de que no vaya a hacerlo, ¿verdad? No; sí, dice Olán, y calla. Qué va a argumentar él si una persona no quiere vivir más; lo que le duele es imaginarse a Durma teniendo que decidir cosas sin la compañía de él. Y no es incomprendible que Ravipolu ignore cómo va a reaccionar. Tal vez

lo ignore ella misma, y hasta no sepa que lo ignora. Durma siempre fue optimista, tenaz o terca, y pese a los años guarda combustible, como si incluso hubiera recogido una parte del que ha ido perdiendo él.

Atardece otra vez. Escándalo de cotorras; meymuríes que se balancean en la brisa. La presión sanguínea de los conductores se convierte en energía cinética e impulsa la carrera de los coches sobre el asfalto. A vacilante paso de grulla, Ravipolu ha llegado a la cabina del doctor Kuru; hay grietas en las paredes de clodoperlonato; nada exhala tibieza. Al rato, con el cuello levantado, el señor Ravipolu está razonando así: Bien puede ser que ella deje al tiempo mitigar la falta y viva en paz, con el contento posible en una mujer de edad, yendo a conferencias, viendo películas de estreno en cines anticuados o películas de la antigüedad que siempre quiso ver, levantándose más tarde, viajando a visitar a los hijos. También puede ser, dice Kuru, que a fuerza de desconcierto en la casa vacía se consuma de pena, o se tome un frasco de Apagámex. Quizás, quizás, tose Ravipolu, quizás, y con los ojos vidriosos admite que recién ahora toma conciencia de lo mal que conoce a su mujer. Lo repite. Dice que más le vale admitirse que no la conoce. Hay un silencio. Los ojos miopes de Kuru no se desvían de los de Olán. Dice: la conciencia es rara; cuando uno la toma, toma un peso. Ravipolu no

sonríe; desde el comienzo de la película no ha sonreído una sola vez. Ya que no encuentra donde depositarla, en vez de resoplar bajo el peso de la conciencia se propone descubrir en qué condiciones es mejor para Durma que él la deje. Para eso tiene que conocerla. De modo que se dedica a observarla. Para hacerse idea de la actitud promedio, la observa en distintas circunstancias. Chaquetón y maletín en mano Durma besa a Olán, le detalla escrupulosamente que va a estar en el infanterio hasta las cinco y después comprando una tela para cortinas en cuartier Dovaselta, da dos pasos, vuelve a besarlo suavemente y se va. Durma y las dos robotinas transplantan a macetones grandes las mamelias de la cristalera de la sala. Durma cocina, escribe un informe sobre las actividades para padres del infanterio, acomoda botellos en el consérvatri de la despensa, le recorta a Olán los pelos de las orejas, va al cinema con su amiga Margelú, incita a Olán a que vea la película que ha visto, cierra la puerta del estudio mientras él le farphonea a Amusal. En la penumbra de un teatron, Durma, atraída por la respiración cavernosa de Olán, investiga de reajo si a Olán le disgusta la obra que ha elegido él. Habla por teléfono con la hija que es anestesista en un quirurbán de otra isla; habla con la hija que es gerente de un centro de reposo en el sur de esta isla, adonde le promete que intentará convencer a Olán de ir a visitarla, una vez al menos, no, ella sola no, no es el momento, tal vez más ade-

lante; y habla con sus dos yernos, y persevera hasta localizar a cada uno de los tres nietos, dos chicas y un varón, todos funcionarios públicos. Durma arrastra a Olán a la primera clase de un curso de leyendas de la isla y logra postergar la invitación a cenar que le hace un matrimonio conocido; Durma parte sola a la segunda clase, avisando que vuelve para la cena; Durma le pregunta a Olán si le gustaría cenar en la fonda La Cortés o está cansado. Sentada un domingo en el balconil del departamento, Durma escucha un programa de media tarde en su radio interior, como siguen haciendo las mujeres de su edad, y se descose de risa. En la cama, Durma alarga la lectura de una novela hasta cerciorarse de que Olán duerme no muy espesamente, y una vez apaga la luz no se percata de que Olán espera que cierre los ojos para acodarse a escrutar cómo duerme ella. Observar a Durma se ha vuelto el cometido militante, la faena laboriosa, el arte vocacional tardío, el entretenimiento sedante y la oración ferviente con que Olán puede apurar sin grandes quejas el lapso indefectible que le falta para morir; así parece que ve la cosa también el doctor Kuru. El resto del tiempo Olán pone las cosas del trabajo más en orden aún de lo que estaban, procurando sin gran habilidad no alarmar a Nantú, y sin gran éxito.

Una mañana, antes de su horario de consulta, el doctor Kuru pasa por el negocio de suplementos visuales.

Dice que es para tener una charla extraprofesional, aunque no ajena a lo terapéutico. Si a Ravipolu no le parece mal, él quisiera ayudarlo a observar a su mujer, no tanto con una mirada clínica como con un simple par de ojos más, y un poco menos obnubilados pero no más desafectos. Kuru es un hombre joven, relativamente, comparado con los Ravipolu. Si por imitación del amor de Olán se ha enamorado de Durma (fea eventualidad para el crédito de un terapeuta), será de una manera, no filial, pero fraternal quizás. Pero no. Kuru más bien podría haber ideado una alianza entre él y su paciente para preparar mejor la protección de Durma cuando se quede sola, por el bien de ella misma y de la conciencia de su paciente. Y en parte se trata de esto. En parte. También es que, en sus épocas de joven inseguro, cuando se aferraba con uñas y dientes a los textos del mentalismo ortodoxo, una vez Kuru decidió que debía alentar a una cliente joven, reprimida y deprimida a liberar el deseo, y sucedió que una noche, algo borracha para sus hábitos y excitada por el galán primerizo que llevaba en su coche, ella atropelló al minorco que hacía de lazarillo a un ciego; tres meses de inculpatório dejaron en la conciencia de la chica un agujero que un aplicado colega de Kuru no pudo zurcir (porque Kuru se abstuvo de tratarla más), y una perpetua castidad envenenada. Oyendo este caso el señor Ravipolu llora unas lágrimas casi imperceptibles, como una exudación de vida. Lo

siento mucho. Ya lo sé, Olán; pero, Olán, de veras: déjeme traicionar los textos. Dado que ve la estrechez cotidiana en la ropa del terapeuta, Ravipolu fuerza embarazosamente un acuerdo monetario. Hecho.

Y allá va el doctor Kuru, animado, como a la huella de un acertijo. Observa: con un estrépito de vocecitas y el patio del infanterio de fondo, enmarcada en la ventana de una oficina, Durma presta una intermitente atención veterana a dos maestras que no paran de hablar. Durma, la cara alzada hacia un sol encubierto, camina junto al río más ágilmente que muchas mujeres de su edad. En la sala de espera de la terminal de flaybuses, Durma se enfrasca en las imágenes de un noticioso, menea la cabeza, lee un rato, da vueltas, y cuando al fin recibe a su amiga Marpi, tiene que romper el largo abrazo para sonarse la nariz; camino a la calle, las dos compiten en silbar mal, y en Durma en particular no se discierne si gana la risa o el llanto. Frente a la reja de un geriátrico, Durma se detiene apenas un instante a darle un cigarrillo a un hombre no más viejo que ella pero tan gastado que indigna. En un antiguo templo modernizado, Durma va a lo que parece una clase de canto coral donde, si se juzga por el relieve de su voz en el conjunto, desafina bastante. Con el farphonín en la boca, una Durma exultante felicita por algo a uno de sus nietos: Pero qué buena noticia, Gasano. Durma sale de

un centro de análisis clínicos, abre cinco sobres, lee críticamente unos resultados y los guarda en el maletín; al cabo de un rato, en la mesa de una cafetería, pone los sobres frente a Olán, se reclina satisfecha y responde a la inquisidora preocupación de él con un arsenal de gestos fatigados e histriónicos. Levanta la cabeza; debe estar preguntándole a su vez qué va a hacer él respecto a su salud, y él niega varias veces, como si dijera que lo suyo no es cosa de médicos. Olán procura sonreír. Inclínándose sobre la mesa, ella le estira las comisuras para que sonría más, aunque de golpe deja caer las manos, se levanta y llevándose una mano a la cabeza corre hacia el toileto. Olán y Durma en un taxi, bromeando lánguidamente con toquetearse como los chicos con las chicas.

De este momento de unión que ha presenciado el doctor Kuru se desprenden dos cintas que se enlazan: Durma con una bolsa de verduras, parándose en la calle a hurgar su alforja, encontrando un arrugado sachete de tabaco, encendiendo un cigarrillo para darle cinco pitadas pensativas y tirarlo. Olán en la penumbra, después de haberle insistido a Nantú en que se fuera a su casa, ordenando artículos ya ordenados para demorar el momento de cerrar el negocio. Durma probando varios perfumes, comprando uno y una colonia para Olán. Olán oliendo varios perfumes de mujer, comprando uno y una colonia para él. Dur-

ma con un bolso de viaje en un muelle, desistiendo a último momento de subir a una barca que lleva al sur de la isla, volviendo sobre sus pasos hasta la calle, parando un taxi. El gorrión que picotea la hierba del parque Tansuria sin que Olán, aunque está sentado muy cerca, consiga contemplarlo dos minutos seguidos porque a cada minuto se le cierran los párpados y, por más que la levante, se le cae un poco más la cabeza. El bizcocho que de buena gana Durma acepta probar en un pastelero y la hace sacudir admirativamente la cabeza. El sorbo del botellín de agua que a Olán le cuesta tragar mientras jadeando, de pie ante unas tiendas de placas musicales, no encuentra ninguna que tenga ganas de escuchar. Durma sentándose en un banco de la calle a llorar uno o dos minutos, hasta calmarse y, sacudiendo la cabeza, levantarse para seguir camino al infanterio. Olán volviendo a subir a su departamento, cuando acababa de bajar a la calle, para salir de nuevo apretando un pañuelo de mujer que se lleva a la cara, huele largamente, dobla con cuidado y se mete bajo la camisa; y unas cuabras más adelante Olán ante un pastelero, aspirando el perfume a canela, secándose una lágrima que puede o no ser de frío. Durma haciendo lo posible por no tirar del brazo de Olán ni mirar cómo arrastra los pies por la avenida Península.

Así pasa el tiempo. El aire de la ciudad es una rejilla

de mensajes, pero el señor Ravipolu no usa farphone ni cuadernaclo; no tiene nada que comunicar.

Y ahora el tiempo ha pasado ya. Esta tarde, cuando el doctor Kuru entra en el negocio, Nantú le cuenta que el señor Ravipolu se ha quedado en su casa pero ayer dejó para él un par de optorrefractores; Kuru se los prueba y alza las cejas. Rato después, un Kuru de mirada viva y corregida llama a la puerta del departamento, dentro del cual la voz tenue de Olán le dice a Durma que es para él, su terapeuta. Olán abre la puerta y a duras penas lo lleva hasta la sala. Hay demasiada luz, como para equilibrar la parvedad de las conclusiones del doctor Kuru. Hay menudos cabeceos de los dos en dirección al lugar de la casa donde está Durma. Kuru no rinde un informe detallado de los movimientos de Durma, ni de sus estancamientos. No es esa la cuestión. Lo que dice es que a su modo de ver la melancolía de Durma es tan acentuada, y puede acentuarse tanto aún, que acaso la energía de Durma no pueda administrarla, o soportarla, y se deje vencer. Pero a su modo de ver y en general Durma está en la vida tan a sus anchas como para no tener el menor deseo de abandonarla, ni un deseo de abandonar la vida lo bastante intenso para consumarse. La trémula conversación se alarga; pero por mucho que se profundice no encuentra ningún motivo nuevo. Por eso al fin cliente y terapeuta se quedan callados, cada uno

solo con la presencia del otro, hasta que Durma entra, disculpándose por interrumpir se presenta, anuncia que la cena está lista y le hace al doctor Kuru un ademán de duda, como dejando a su arbitrio si puede cenar con ellos. El doctor Kuru chequea la tenue expectativa de Olán y acepta la invitación. Se levantan los tres. Durma abre el camino hacia la cocina. Olán se agarra del brazo del terapeuta.

El tiempo se concentra algo más, como si el salto último que está dando lo llevara a la levedad del puro espacio. Han cenado. Kuru ya se fue.

En la medialuz del dormitorio, Durma está ayudando a Olán a desvestirse. Después a ponerse el pijama. Como él no atina a estirarse una pernera que le molesta, ella se agacha a ayudarlo y en seguida nota cuánto le cuesta a ella también enderezarse. No es un tropiezo del cuerpo, o es tan del cuerpo como todos los tropiezos. Contempla a su marido. Por muy quebradizo que esté, un día más se ha afeitado. Ella, por su parte, ayer fue a la peluquería a cortarse las puntas. Se miran como diciéndose que sería en balde tratar ahora de aprender a despedirse como se suele hacer, probablemente en palabras. Después de todo ya se están despidiendo. Las despedidas de todas las demás cosas que a Olán se le agolpan en la memoria, junto con los malestares de la carne, las rabias del

entendimiento y las tristezas de la sensación, caben en esta despedida libre de palabras. Él se acuesta. Ella se sienta al lado, en su lado de la cama, con la espalda en el cabezal. Él acerca la mejilla a la cintura de ella. Se han tomado la mano y así están, como una recreación nupcial de las viejas pinturas de la piedad. No son gente que espere encontrarse en otro mundo; tal vez conciban la idea de otras vidas, pero no la ilusión de que podrían reconocerse. Es un vacío. No inmenso. Una sola frase podría atenuarlo, y pensando en la frase a Olán se le cierran los párpados. Como el aliento de él, todo en la habitación se está desvaneciendo. Y no porque Olán ya duerma. Se desvanece todo, y con todo un poco ellos dos.

Tenues palpitaciones de la luz de la calle no alcanzan a indicar cuánto tiempo pasa. Durma parece preguntarse por qué no está tensa. Tampoco parece notar a ese ser leve, aplomado, con la cara de Olán pero casi eterno de tan viejo, que ahora se materializa desde una pared, cruza el cuarto a zancadas y al pasar junto a la cama se detiene un instante y clara, intensa, severamente descarga un mensaje: *¡Olán Ravipolu!* Nada más. En seguida desaparece por la pared opuesta. Un rato después Olán abre los ojos con cautela e impavidez. Todavía no, dice. ¿No, qué?, pregunta Durma y le aprieta la mano. No, todavía no. Ella lo ayuda a sentarse en

la cama. ¿Querés comer algo? Olán piensa. Bueno, algo; un poco; dedalunis con salsa de gualto. Up, ¿y eso por qué? Es una comida que a vos te gusta mucho, ¿no?, dice él, procurando no derrumbarse de nuevo. De momento no lo consigue. Durma lucha por sostenerle la cabeza; lo consigue, también de momento, y vuelve a acomodarlo sobre la almohada. Olán, Olán, murmura, sin mirarlo; nadie me conoce como vos.

MARCELO COHEN

(Buenos Aires, 1951). En 1976, cuando viajaba por Europa, el golpe de estado argentino lo llevó a retrasar su regreso al país y se quedó viviendo en Barcelona hasta 1996, año en que volvió a radicarse en Argentina. Es escritor, crítico literario y traductor de las lenguas inglesa, francesa, italiana, catalana y portuguesa. Tradujo a Philip Larkin, Jean Austen, Clarice Lispector, Raymond Roussel, Scott Fitzgerald, Quim Monzó, J.G. Ballard y Italo Svevo, entre otros. Sus artículos han sido publicados en los diarios *El País*, *La Vanguardia*, la mítica revista *Viejo Topo*, de la que fue redactor jefe, y la revista *Quimera*. Entre sus libros se encuentran las novelas *El oído absoluto*, *El sitio de Kellany*, *Balada*, *Donde yo no estaba*; las colecciones de cuentos y relatos *Hombres amables*, *El fin de lo mismo*, *Relatos reunidos*, y los ensayos *Buda*, *¡Realmente fantástico!* y *otros ensayos*. Ha sido traducido al sueco, al inglés y al francés. Junto con su pareja, la escritora Graciela Esperanza, es fundador y director de la revista *Otra Parte* y dirigió el proyecto *Shakespeare por escritores*, en el que cuarenta y dos escritores de once países tradujeron la obra de William Shakespeare.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Maltratado de Crítica / poesía
David Wapner

De las Indias con amor / narrativa
Natalia Reynoso Renzi

Sobre mi mesa más limpia / poesía
José Antonio González Robles

Molgo Raf / narrativa
Alejandro Dato

Descargalos en
www.edicionesrevolver.com

ÍNDICE

Créditos	3
Un tráiler panorámico	4
La observación	6
Marcelo Cohen	24
Otros títulos publicados	25

